

Y en el centro de la cámara, sobre densa, maculada piel de tigre, rodaba el niño casi desnudo entre el cendal de la calada camisilla; y tendida á su lado la hermosa castellana, sin tocas que ensombrecieran sus blancuras, anegada en el raudal de oro de sus cabellos, jugaba con el niño, llamábale con los dulces nombres que sólo saben labios de madres, y con delirante fruición volcaba sobre las carnes de nácar el caudal in-exhausto de los maternos besos, que restallaban ruidosos en el silencio de la noche. Una nube roja veló los ojos de don Hernán; zumbó en sus oídos hervor como de marea creciente, y... ¡aconteció una cosa horrible! Una bola peluda, rugiente y llameante cruzó como un rayo el espacio y cayó de improviso sobre el niño; unas garras y unos dientes férreos cebáronse hambrientos en las carnicitas de rosa, que pronto se convirtieron en informe montón de despojos ensangrentados.

De la diestra de don Hernán, crispada por espasmo irresistible, habíase escapado la cadena de oro del leoncillo.



## LA MADRE DEL ASISTENTE

### I

Allá por las abruptas y enriscadas asperezas del Guadarrama, en un lugarejo agazapado entre peñascos verdinegros, fresnos gigantescos y silvestres romerales, vivían con vida rústica y apacible Domingo Ardales y su mujer Lorenza Piñero, en amor y compañía de su hijo único Santiago, mozo robusto como una encina, sano, franco y duro como el aire que azota los picachos de la sierra, el cual hijo era para sus padres la ventura lograda, la gloria divina, un pedazo de paraíso caído entre aquellos peñascales.

Pero como Domingo y Lorenza no eran viejos, y ambos estaban útiles y sanos para el trabajo, vino la quinta y se les llevó al hijo, y con él todos los contentos y esperanzas de la vida. Quitarles á su Santiago fué como extirparles el corazón y condenar luego los dos cuerpos inánimes á que siguieran viviendo y arrancando á la dura

tierra el negro pan del trabajo con que sustentar su desesperación y prolongar su agonía. Érase Domingo un hombre montuno, un ser *vegetativo*, que ni entendía letra ni alcanzaba mucho de cosas de Dios; y no hallando dentro de sí ni en torno suyo nada con que suavizar aquel torcedor que le corroía las entrañas, probó un día á derramar sobre el gusano que le devoraba por dentro más de media azumbre del negro vinazo que vendían en el tabernucho del lugar; y como viera que mientras le duró el humero que le enturbió el sentido se le adormeció el padecer, hasta se le borró de la memoria la caraza fresca de su Santiago anegada en lágrimas á tiempo de la despedida —así le veía siempre—, el muy bestia repitió la suerte, y tornó á repetirla y á menudearla tanto, que acabó por metamorfosearse, de hombre, aunque rudo y agreste, buenazo y honradote que era, en zaque de mosto maloliente y rezumador de injurias y blasfemias, que maldito si servía para otra cosa que para obstruir con su corpazo bo-r-racho la puerta de la mísera casilla y para mal-tratar á la pobre Lorenza, arrojando el veneno de la discordia conyugal y el fango de la degradación sobre la viva llaga del dolor materno.

Pero como las madres saben sacar de lo íntimo de sus entrañas sobrenaturales energías, no se abatió la de Santiago ante tanto infortunio; y puesto que su rudo compañero la abandonaba en lo más áspero del camino, resolvió subirlo ella valientemente y servir á su hijo de padre y madre, y si hubiese podido, de escudo en que se

aplastasen las balas y de escapulario siempre pegado á su corazón.

Lorenza, aunque curtida por el sol y los vendavales de la sierra, conservaba todavía un resto de personalidad humana, tanto en el vestir, que nunca llegó á la abarca montaraz y al corto refajo abigarrado de sus convecinas, cuanto en el hablar, que, aunque enturbiado y enrustequcido, era todavía del que se usa por Castilla: que no en vano había ella vivido en Madrid ocho años, los seis sirviendo cuando moza, y los dos ya de casada, criando nada menos que al hijo de una opulenta y conocidísima duquesa, esposa de un general ahora difunto. Así, no bien le tocó al chico la *suerte*, resolvió valerse de todas aquellas prerrogativas suyas, de la mucha ley que conservaba á la duquesa y del entrañable cariño que tenía al duquesito criado á sus pechos.

Con tales antecedentes costóle muy poco lograr su doble pretensión, la cual consistía en que *colocasen* á su Santiago en Ingenieros, de cuyo Cuerpo era teniente, recién salido de la Academia, el nuevo duque, y si podía ser..., que le pusieran de asistente con su señorito. Y como Santiago era un mozo alto y gallardo, como los requieren los Cuerpos escogidos, y tan simpático que se recomendaba por sí mismo, y como sabía algo de letra por haber asistido de niño á la escuela en Madrid, donde vivió una temporada en casa de los señores, y supuesto que los duques deseaban favorecer al ama, todo salió como ella apetecía.

Pero á los pocos meses de conseguidas tan anheladas ventajas enviaron al duquesito, y con él á su asistente, á la funesta guerra de Cuba, que tantos ríos de oro, de lágrimas y de sangre costó á España.

¡Qué escena aquélla la de la despedida de los ingenieros en el andén de la estación del Mediodía! ¡Qué corriente eléctrica de entusiasmo y de esperanza sacudía á la multitud mientras la marcha de *Cádiz* atronaba el espacio bajo la cristalina bóveda, donde se envedijaba el humo negro de la máquina y se estrellaban los mil gritos del pueblo! ¡Qué cuadros de afanosa y desesperada ternura en el andén, en las portezuelas, en los estribos, casi en las ruedas de los vagones, entre los padres, locos de pena, y los hijos, sofocados por el llanto, por la vergüenza de llorar y por los abrazos avarientos de la trágica despedida! ¡Qué momento el de la arrancada del tren entre vítores, músicas, silbos de la locomotora, sollozos de los pechos más varoniles, gritos supremos, congojas y síncope de las madres!

Y como para el dolor no hay jerarquías, ni vanidades, ni reparos..., no sé cómo pasó, pero ello fué que la campesina y la duquesa se encontraron abrazadas, como si una llamarada inmensa hubiese fundido en uno sus dos corazones, como fundía los gritos de la multitud en un solo grito sublime y atronador el amor de la patria, que saludaba á los hijos que iban á defenderla á tanta costa, á tan larga distancia y entre tantos riesgos.

## II

Desde entonces el ama Lorenza no perdía coyuntura para venir á casa de la duquesa. Primero acudía puntualmente los días de correo de Cuba; mas viendo que éstos menudeaban, por aprovechar los ausentes todos los medios de comunicación posibles, menudeó ella también sus viajes; y como nada la llamaba al pueblo, donde Domingo seguía entregado á su negro vicio, y todo la retenía en la corte, donde, cuando no por las cartas, sabía de su hijo ó del señorito, ó cuando menos de la guerra, por los muchos periódicos que la duquesa compraba y ella misma ó los criados le leían, á veces *la empalmaba*, y en lugar de marcharse para pocos días, quedábase en casa de su señora, que de muy buen grado la albergaba, agasajada por la servidumbre, que le tenía lástima y cariño.

## III

Un día en que, por fortuna, el ama Lorenza acababa de volverse á su lugar, la duquesa halló en uno de los periódicos más leídos de España el

siguiente parte, que leyó más con el corazón que con los ojos:

«Entre los muertos heroicos de la jornada de Artemisa figura el asistente del bizarro oficial de Ingenieros don Alfonso de Guzmán, duque de Z. Cuando uno de los feroces enemigos levantaba el machete sobre la cabeza del egregio teniente, el noble muchacho se interpuso con arrojo sublime, y recibió el golpe mortal que amenazaba á su amo. Entonces el hijo de nuestro héroe de Tetuán cobró muy cara al enemigo la vida del valiente que acababa de salvar la suya. El ilustre soldado de la patria está propuesto para una recompensa por su admirable comportamiento de este día.»

El susto, el dolor, el gozo, el desgarramiento, el orgullo y la consternación de la noble dama al leer aquella noticia fueron tales, que apenas tuvo tiempo para oprimir angustiosamente el botón del timbre eléctrico reclamando urgente auxilio.

Cuando llegaron sus doncellas encontráronla sin conocimiento sobre los almohadones de la *chaise-longue*, y la condujéron cuidadosamente á la cama.

Lo primero que al recobrase habló fué para prohibir terminantemente que se permitiese la entrada en sus habitaciones al ama Lorenza, ordenando al propio tiempo que se le ocultase con el mayor empeño su desgracia y se le prodigasen toda suerte de auxilios y regalos.

—¡Yo no puedo ver á esa madre!—decía llorando la acongojada señora—. Mi hijo ha costado la

vida al suyo, mi ventura significa su desgracia... ¡y, sin embargo, no me siento bastante generosa para desear que hubiese ocurrido lo contrario!

¡Y era tan respetable aquel egoísmo! Entre el duquesito y Santiago, ¿á cuál hubiese escogido Lorenza? Pero era también tan generoso, tan noble y delicado aquel pudor de la dicha que impedía á la duquesa ser feliz, y hasta respirar delante de la infortunada que había perdido á su hijo por el de su señora, que no hubo medio de que la ilustre dama consintiese en arrostrar situación semejante, ni permitiera tampoco, llevada por aquel mismo afecto de remordimiento inocente, de temerosa piedad, que se dejara ni aun traslucir á la mísera madre su desventura extrema.

¿Era humano, caritativo, posible siquiera, decirle: «Mi dicha nace de tu desgracia; mi hijo ha costado la vida al tuyo; esta casa vive, resplandece y se perpetuará gloriosamente, porque allá, en un fangal de la manigua, se pudre sin una cruz ni un epitafio el cuerpo del héroe que se sacrificó por su amo?»

—¡No, no...; que no lo sepa nunca!

#### IV

Y mientras la duquesa lloraba afigidísima el infortunio de su fiel servidora, lloraba ésta, ajena á su desgracia, el injustificable desvío y aparta-

miento de su noble dueña, que juntamente la privaba del misericordioso favor—siempre agradecido por los pobres—de gozar la presencia de tan encumbrada persona y ser oída y confortada por ella, y del sinigual consuelo de recibir noticias directas de la guerra, y á veces de su Santiago, de labios de la propia duquesa, que se dignaba leerle trozos de cartas y no pocos cablegramas que recibía de su hijo y de algunos generales y personajes de Cuba.

Con ansia viva de saber, con sed insaciable de oír algo de la isla y de la guerra, de aquellas dos cosas tan odiadas y tan atractivas para ella, arrodillábase la pobre serrana junto al *secrétaire* de *acajou* donde la duquesa amontonaba cartas y telegramas, y con las manos cruzadas y los ojos anegados en llanto de esperanza, de temor ó de alegría, escuchaba palpitante el relato de las proezas, luchas, trabajos, heroísmos, reveses ó esperanzas de nuestros soldados, y singularmente del señorito, y más que de todos de su Santiago, la gloria de su vida. ¡Y ahora ya..., ni este consuelo, ni este alivio, ni este solo bien le era otorgado! ¿Por qué? ¿Qué había hecho ella? ¿Ni en qué ofendió á su señora, á quien tanto quería y respetaba?

No consiguió saberlo. Ante su angustiada demanda los criados se encogían de hombros, é interpretando torcidamente la voluntad de su señora, oponían á la continua sollicitación de la infeliz la más dura y cerrada negativa. Esto era añadir la humillación á su infortunio, como Do-

mingo añadió la degradación á su pena. ¡Todos retiraban su mano! ¡Todas las puertas se cerraban á su paso! ¡Menos una: la puerta de luz de la esperanza, por la cual veía ella salir á su Santiago con la frente tostada, el pecho lleno de cruces, y los brazos abiertos para estrechar en ellos á su madre!

Ante semejante visión, todo lo demás palidecía y se borraba de sus ojos. Y guiada por aquel divino ensueño, que cada día antojábasele más cercano, volvía y volvía resignada, abatida, trístisima, á llamar á la puerta blasonada de la duquesa, á preguntar con tenacidad á toda la servidumbre, á inquirir, atisbar y ventear vorazmente el rastro y asomo de cualquier noticia que se relacionase con su hijo. Y en fuerza de interrogar, de importunar, de sorprender conversaciones ó miradas; medio de oídas, medio por intuición, llegó á columbrar primero, y á saber después, que el duquesito volvía, que venía enfermo y que llegaba pronto, puesto que ya estaban aperciéndole con grande lujo de precauciones higiénicas su precioso departamento del pabellón del jardín.

—¿Conque vuelve el señor duque—preguntó de improviso á un lacayo nuevo que no estaba prevenido como los demás criados—, y vuelve con él Santiago?

—¿Y quién es Santiago?—interrogó el muchacho.

—El asistente.

—¡Claro está! Ya tiene también su cuarto listo.

Oír esto y ver abrirse de par en par la puerta de luz y decidirse á esperar á cualquier precio la vuelta del hijo idolatrado, todo fué uno para la infeliz Lorenza.

Acurrucada como un perro en un rincón del aristocrático portal, resplandeciente de mármoles y bronce dorados, pasábase los largos días y gran parte de las heladas noches, cuidando de retirarse antes de que la duquesa entrara ó saliese, con lo cual la señora llegó á creerla ausente, y se sintió aliviada de aquel peso, entregándose toda entera á otro sentimiento que la llenaba y absorbía.

## V

Al fin, una mañana de las más crudas de aquel invierno el lacayuelo bisoño, compadecido de la desdichada, dijole al oído:

—Dentro de dos horas llegan.

En efecto; de allí á poco empezó el vibrar de los timbres por toda la casa, el abrir y cerrar de puertas, subir y bajar de gentes atareadas, y humear de chimeneas al encenderse; después engancharon dos coches: uno de lujo para los duques, otro de campo para los equipajes y, sin duda, para el asistente del señorito.

Escondida en un portal frontero vió la pobre

Lorenza pasar los coches hacia la estación, y se volvió al zaguán de la duquesa á esperar la hora divina en que acabara de abrirse la puerta de luz, donde ya se dibujaba claramente la marcial y apuestísima figura del soldado.

El *landau* blasonado de los duques de Z rodaba aquel día más ligero, trotaban los caballos con mayor fogosidad y gallardía, chispeaba el saliente sol en el barniz deslumbrante de la caja, refulgía en chapas y manivelas de níquel, centelleaba en los girantes rayos de las veloces ruedas, relumbraba en los flamantes arneses con hebilla de plata, y rielaba con luces de apoteosis en los diáfanos vidrios biselados; el coche volaba como en triunfo, Madrid parecía sonreírse á su paso, y el cielo resplandecía y se alegraba á los ojos de la transfigurada duquesa, que traía á su lado, junto á su pecho, sobre su corazón, al hijo idolatrado, que volvía pálido, ligeramente marchito, pero vivo, salvo, ileso, de la guerra. ¿Cabía mayor ventura? ¿Podía existir algo que no se alegrara y resplandeciera á los ojos de la enloquecida madre? ¿Quedaban desgracias en el mundo?

Absorta, ciega, embriagada de egoísmo divino venía la ilustre dama abrazada á su Alfonso, olvidada de todo el universo, ajena á cuanto no fuera aquella cara pálida, aquella barba de oro, aquellos ojos que la miraban llorando y aquellos labios anémicos que la besaban con hambre, cuando el rodar de los coches, resonando bajo el techo del portal, advirtiéndola que entraban en su casa.

De improviso vió una cosa horrible, algo que heló su gozo y paralizó el latir de su corazón desbordante. Una mujer, un espectro envuelto en negro mantón surgió de un ángulo obscuro y se lanzó sobre el coche de los equipajes, de donde saltaba García, el nuevo asistente del señorito.

—¡Hijo mío!—gritó una voz en que vibraba el tono más alto del amor humano; y casi instantáneamente sonó otro grito que desgarraba las entrañas, una negación desoladora: —¡No es éste!

Y entonces el espectro negro, la sombra fatídica, la triste madre defraudada cayó sobre el grupo de los felices para pedirles cuenta de su perdido bien.

—¡Señorito!... ¡Señor duque! ¡Alfonsito de mi alma! ¿Dónde está mi Santiago, el hijo de mis entrañas? ¿Qué has hecho, qué has hecho de él?

El ilustre don Alfonso de Guzmán, duque de Z, el descendiente de cien magnates excelsos, el hijo del héroe, el caudillo de Artemisa, con el pecho lleno de cruces ganadas con tanta gloria, abrió los brazos á la rústica serrana, y se dejó caer llorando como un niño sobre aquel seno que le había dado su vida, y á quien él, tan sin quererlo, había privado del alma. Sentía vergüenza honrada de sus blasones, de su uniforme, de sus cruces; vergüenza generosa de su felicidad, rubor y pena sublimes de sentirse vivo entre los brazos de aquella madre.



## LA DOMA

A Luis Palomo.

Tronchando cardos y esparragueras con los callosos pies nervudos, que desbordaban de las alpargatas molidas, á campo atraviesa por sobre surcos que amasó la lluvia y recocieron los soles andaluces, iba camino de Dos Hermanas, arrastrando con la pierna enrigidecida el oprobio y la costumbre del grillete, Curro, *el Malarma*, cuya vida de *puñalá* á condena y de indulto á *puñalá* fué larga justificación del negro apodo.

En el presidio se envenenó su juventud sin lozanias, y en el presidio se pudrió su madurez viciosa como planta de pantano, sin que á su alma hundida en cieno se filtrase jamás rayo de amor ni vislumbre de esperanza. Premeditando ya su primera fechoría se casó con la inocentona de Ampariyo—después la *señá* Amparo—, sin duda, sólo para darse el gusto de que la infeliz arras-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1940. 1825 MONTERREY, MEX.

trase de por vida el grillete moral de hembra del presidiario. De sus breves intervalos de libertad procedieron sus dos hijos, de quienes las gentes huían como de plantas venenosas crecidas en el atajo que va del crimen al patíbulo. Curro, *Malarmiya*, el mayor, parecía esputado por la abyecta maldad de su padre, el cual, como de su propia conciencia visible, huía del lobezno y le odiaba desde que nació. Aniquita, la hembra, menor diez años que Curro, era réplica fiel de la persona agraciada y de la pasiva honradez materna, bondad negativa, tan distante del cielo como del infierno, pero penetrable al amor y á todo bien mediante el influjo divino de la maternidad, que aun á las más rudimentarias hembras dignifica y transfigura.

Cuando nació Aniquita, *Malarma* pareció detenerse en su *profesional* actividad de crimen á presidio, y hasta advirtió la *señá* Amparo que á la chiquiya no la jartaba é mardisiones y blasfemias de las que *indirisan er vello*, como ar erío; pero allí pararon las blanduras paternas del *Malarma*, el cual, antes que Aniquita echara el paso, ya se había ganado otros veinte años de grillete cosiendo á navajazos á un pobre carretero inofensivo, por copa de más ó denuesto de menos, en la taberna del *Gigante*.

De esta vez *el Malarma* no venía «indultado», sino «cumplido», y, á juzgar por lo aborrascado de su ceño, con ganas ya de aprovechar su libertad en faena de lucimiento y resonancia. Porque

á él, ¿qué se le había perdido en el pueblo? El trabajo—la verdad—«no le tiraba»; sus paisanos le tenían tirria, se la tuvieron siempre, porque... ¡con él no pudo *naide!* Y ahora, con el renquear del grillete y casi los setenta años encima..., ¿adónde iba *el Malarma* que no le echaran como á perro sarnoso?... ¿Casa? ¿La tuvo él alguna vez? Con su gente no le unió en los últimos veinte años de *trena* más relación que las tres ó cuatro cartas *plumeadas* por el cura ó por el dómine que fueron á llevarle á su cubil de preso-fiera alguna mala noticia—que, al cabo, se le daba lo *mesmo*—entre cuatro garrapatos mal trazaos que mascullando le delectreaba un camarada de glorias y fatigas.

—¡Pus pa eso...!—reflexionaba *el Malarma*—. Si arguno quea pa contalo, será pa *darme carena* con que si *er presiyo*, si la deshonra...; ó pa exigirme que trabaje ó sirva como un esclavo, ó pa avergonzarse de mi sangre... ¡Na, que como me la jagan...—y ya la barrunto—me enfango en sangre! ¡Ansina, cuando me trinquen otra vez, que sea *por argo!*

Revolviendo bajo el peludo ceño tan piadosas intenciones traspuso *el Malarma* los pintorescos aledaños de su pueblo al amanecer de un claro día de noviembre, en que las gavias de los vallados, llenos de negro alpechín, y los verdiblancos olivares, poblados de juveniles pandillas atareadas y cantadoras, decían al presidiario que Dos Hermanas entregábase con febril actividad á la gran faena de aquellos campos andaluces: «la

cogida», como llamamos allí á la recolección de la aceituna.

Esquivando por instinto y costumbre todo mal encuentro con civiles, carabineros y lechuzos del Consumo ó guardias rurales, colóse *Malarma* en la taberna de la calle del Canónigo á vaciar unas tintas y á preguntar si por casualidá sabía el palurdo escanciador de la jembra y los chavales conosíos por *los Malarmas* en todo el contorno.

—¿*Los Malarmas*? Sí; queaban sólo las jembras. Ellos..., pus el padre pudriéndose é por vía en el penal de Cartagena; y el hijo..., ¡la del humo! Más é diez años jasía que ni rastro queó der mar bicho en Dos Hermanas. Tocante á la *señá* Amparo y Aniquita, que eran personas de bien, allá las tenía el compadre camino d'Arcalá, en er Manchón de la Sigüeña.

Y sin más dares ni tomares, cargó el recién llegado con el mísero hatillo, y haciendo rabia para pagar el despego ó el asco con que preveía que iban á recibirle sus hembras, salió del pueblo, cruzó la vía por el paso á nivel, y por la vera de los vallados que orlan los olivares llegó hasta el Manchón de la Cigüeña, jirón de tierra fecunda y bien aprovechada, por mitad olivar y por mitad huerto, con sus conatos y presunciones de jardinillo incipiente, donde algunos geranios rojos y rosales lunarios enredaban sus matas floridas por entre las estriadas pencas flecudas de los cardos, ó las pomposas, rizadas gorgueras de coles y escarolas. Con la retorcida ramazón y el

metálico follaje verdiplata de los olivos áridos y polvorientos contrastaba el manchón jugoso, gayo y lujuriente del huerto-jardín que enjuvenecía y refrescaba con soplo vegetal el breve predio. De entre la fronda lozana del huertecillo, y al arrimo de un grupo de naranjos y granados, erguía la peluda techumbre de paja ennegrecida una choza que encimeraba una cigüeña recortada en hojalata pintada de negro—la cigüeña que daba nombre á la finca—, y en torno á la choza, recatada entre los árboles, volaba misteriosa un aura de nidal de amores. A la puerta de la choza asomó una vieja, *señá* Amparo, que al ver al *Malarma* pasar tronchando hortalizas por la vera del huerto quedóse petrificada, recatándose en lo obscuro de la vivienda como si de las entrañas de la tierra hubiese visto surgir la propia cabeza de Medusa.

—¡Hola, hola!—pensaba *el Malarma* camino de la choza—. ¡Y aquí vivían con hipos de propietarios y pujos de señorío, jasta con su jardín y sus flores, mientras yo me reventaba las *jieles* en *presiyo!*

De pronto el sonido de una voz que salmodiaba palabras acariciadoras acentuadas por besos restallantes llamó su atención, haciéndole cambiar de rumbo y dirigirse hacia donde la voz y los besos sonaban.

Era junto al vallado de la cerca; allí, sentada en la raigambre de un olivo de retorcido tronco giboso, una mujer joven, rojimorena, desnudo el pecho, é inclinada con delectación frutiva la

cabeza, lactaba á una nena rubia de sol, casi desnudita entre los burdos pañales y las amarillas bayetas. De las ramas del olivo colgaba rojo pañizuelo, de que el lujo del sol hacía regio palio que filtraba púrpura viva, incendiando como en llama de amor al tierno grupo. *Malarma* se resregó con los puños los ojos, como si creyera soñar: tenía delante á la propia Amparo amamantando á Aniquita. Pero..., ¡toma! ¡Rayo! ¡Si será Aniquita la madre! Y entonces la perra de la mamona era... Un salto del instinto completó el concepto, y el presidiario, impulsivamente, se acercó al grupo consagrado, que evoca siempre el eterno grupo de Nazaret.

El alma de la madre pareció dividirse entre sorpresa, susto y una no probada emoción honda, instintiva. *Malarma* se acercó más y más sin medir ya sus movimientos, como llevado. Su cabeza pareció menos amenazadora al acercarse á mirar la carita rosada que aureolaban los ricitos de oro fluido. Entonces, con gesto inconsciente —ó... ¡quién sabe!—, la nena tendió los bracitos á la cabezota greñuda, que se le amansó en rendimiento involuntario; y en la boca tenebrosa que sólo blasfemar sabía, plateando el humo hediondo del cigarro pegado al viscoso belfo colgante, brilló súbita una luz clara y tibia, que no era la luz del sol: caía de más alto. Por las entrañas negras de *Malarma*, que el odio había desecado, rodó una ola grande, grande, que crecía y engrosaba, hinchándole el pecho con esterrosos hervores de torrente, y la ola reventó en

sollozos, saltó en lágrimas, ¡las primeras! La niña hundió sus manitas gordezuelas en la dura pelambre del viejo lobo, y asiendo con fruición sendos puñados de las grisáceas greñas, tiró de ellas con impotentes bríos, chillando con júbilo triunfal. En efecto; había vencido. El viejo alzó la cérea faz barbuda, que resplandecía bañada en llanto y en lumbres interiores. *Malarma* estaba domado: amaba, lloraba, ¡ya era de Dios!



## POR LA PATRIA

### I

Era en los albores de la Restauración—¡ya ha llovido!—. Fué una tarde de zalgarda magna en el Congreso, de tempestad tan recia, que pareció conmover cimientos de palacios. El Gobierno se bamboleaba, y el presidente del Consejo—no evocáis ninguna de las archiconocidas siluetas de los imperantes de entonces: imaginad un ministro vaciado en la turquesa en que lo fueron los más, enano para el puesto, azorado por su pequeñez, y como asfixiado, al exterior, por su desbordante individualidad—; el presidente, así como era, salió del Congreso nervioso, aterrado, febril; saltó á su berlina particular—en días de alborotos el landó presidencial rompíase puntualmente—, y «¡á Palacio; á escape!»

En Palacio, conferencia embarazosa, posición difícil, humildad digna, lealtad inquebrantable

á prueba de continuidad en el Poder, pordioseo altanero, sacrificio incondicional... ¡Todo por la patria!

Un tanto alicaído y orejigacho salió del Alcázar Su Excelencia; pero, repuesto *incontinenti*, hizo pesar su majestad sobre Francisco, su leal cochero:

—¡A casa del duque, sin rodear, volando!

Y en casa del duque—ex ministro de oposición—, conferencia, es decir, *agarrada gorda*, que duró hasta muy dadas las doce de la noche; de una noche crudísima de diciembre, en que el cielo era de plomo; el viento, del de Guadarrama, insuflador de pulmonías; la temperatura, *muy* bajo cero, con tendencias á la templanza precursora de las nevadas grandes. De casa del duque salió Su Excelencia furioso, vibrante, con el estómago exhausto y la cabeza echando bombas.

—¡A la Castellana, ya sabes, y á la carrera, Francisco!—chilló el presidente; y la berlina arrancó desempedrando.

### II

Al hotel de su propiedad, que en la Castellana habitaba cierto conocidísimo prócer, llegó el ministro exánime, descoyuntado, «para en sábanas de aguardiente», que decían nuestros abuelos.

—¡Soberbia jornada, Perico! ¡Una *débacle* para el Gobierno, para el partido entero! ¡Pero yo no cejo tan pronto! Quedan recursos, soluciones... Mira, dame algo que comer y que beber. ¡Estoy muerto! Desde que almorcé, á las once, y deprisa, no pruebo bocado; y... ¡va á dar la una!—mirando al reloj de la chimenea condal.

Perico, el prócer dueño del hotel, llamó á escape á sus criados, y allí, junto á la chimenea abarrotada de leña, en improvisada mesita, sirvióse al ministro copiosa cena, compuesta de fiambres—por imposición de la hora y la premura—, regada con jerez y *champagne* de marcas *súper*, y coronada con un resucitador ponche á la romana, obra maestra del cocinero del conde.

Y mientras arriba crepitaban los troncos en ignición bordándose de filigranadas cenizas, empenachándose de llamitas rojiazules, exhalando oleadas de calor vivificante; mientras hervía el *champagne* en las blasonadas copas de diáfana *muselina*, abajo, en la Castellana desierta, alumbrada tétricamente por las lengüitas amarillentas del gas, que temblaban entre los empañados vidrios de los faroles irradiando en el glacial ambiente nebulosos halos opalinos, todo era frío y desoladora quietud.

Del lado del Hipódromo soplabá un huracán de hielo que hacía silbar y crujir las secas ramas de los árboles, y, voltijeando en las espirales ciclónicas, comenzaban á bajar copos y copos de nieve que rápidamente ensabanaban el suelo y perfilaban en blanco verjas, árboles y cornisas.

Francisco, el cochero de Su Excelencia, que tampoco probó bocado en todo el día, bostezaba de hambre, temblaba de frío en lo alto de su pescante, y, puesto de pie en él, pateaba en las tablas con inquietud y se frotaba violentamente las manos, á fin de entrar en calor á fuerza de movimiento. *Milord*, el caballo, su pobre compañero de frío y de ayuno, moviase también inquieto y levantisco; por su pelambre lustrosa corrían largos estremecimientos: irritábale el golpeteo furioso de los glaciales copos, y encrespaba las crines y agitaba la cola, sacudiéndose relinchador, trepidante, haciendo tintinear la reluciente barbada y las chapas y hebillas de los flamantes arneses. Compadecido el auriga de su pareja de esclavitud, sacudíale blandamente con las riendas la nieve que se le cuajaba en los lomos, dirigiéndole por lo bajo pullas joviales ó crudas imprecaciones, viriles desahogos de compañero de cadena.

Entretanto, arriba seguía engullendo y trincando Su Excelencia, y en el silencio de la noche, honda y glacial, sobre la acolchada blandura de la nieve, percibíase con claridad el cliqueteo de platos y copas, el taponazo del *champagne* y alguna que otra exclamación ó carcajada sonora de los prohombres que peroraban en el entresuelo de un pabelloncito muy cercano á la calle. Dos frases, sobre todo, llegaron distintas á los oídos del aterido automedonte: «Sacrificios crueles...» y «por la patria»; y como en el estómago y en la medula sintiera el infeliz morder-

le el ansia de aquellos *sacrificios* á que se entregaba su amo,

—¡Recuerdo, *Milord!*—bufó más recio de lo que la prudencia pedía—. ¡Tú y yo sí que nos sacrificamos aquí á obscuras por la pastelera patria que á éstos les llena la andorga!

### III

Y seguían adentro escanciando, fumando, haciendo patria, y afuera seguía nevando, nevando sin tregua, y el viento del Guadarrama arremolinaba los copos, que, agitándose en loca danza por el espacio, caían y caían de golpe, sesgos, con furia, á mantas, á capas y capas que se amontonaban blandamente por suelos, árboles, bancos y faroles, por techumbres, balcones y cornisas, por todo resalto ó voladizo, contorneando la pobre arquitectura de aquellos hotelitos mal traducidos del francés.

Con el intenso frío de la madrugada comenzaba á helarse la nieve, cuajándose en sutiles cristallitos que se pegaban al levitón del cochero, á su esclavina de pieles empapada por la nieve derretida al calor de su cuerpo, á sus luengas patillas rubias y á su rasurado labio, donde se cuajaba en polvo cristalífero el vaho intermitente de su respiración fatigosa.

—¡Recontra, y qué condená ventisca, y qué

pinturera nieve ésta!—pensó el cochero, más que pronunciarlo, en su desesperado aguardar—. ¡Y los de adentro componiendo la patria con saliva, mientras á uno se le cuaja aquí la sangre!

Pero tales imprecaciones no salían ya á sus labios ateridos: soltábalas el hombre en sus adentros, sintiendo los párpados tumefactos cerrarse pesadamente sobre sus apagados ojos; y allá en lo profundo de su ser veía Francisco en el desván de la cochera en que vivía con su madre á su flaca viejecita de cabellos de plata rezar inquieta y asustada por el ausente, revolviendo el rescoldo apagadizo en que vaheaba débilmente el pucherillo con la cena de los dos... Lástima del propio suplicio, impaciencia y compasión por el de su vieja, protesta contra la dura esclavitud; todo esto, sumado en un impulso hondo, bravío, de angustia y de rebelión supremas, levantó el pecho del cochero como ola impetuosa que sube y se hincha pronta á estallar; pero que no estalla, y oprime, y ahoga, y asfixia... Luego, una quietud mansa, creciente, invadió sus miembros, adormeciéndolos en sopor blando y como untuoso y suavísimo. Con los ojos cerrados y la respiración anhelosa, Francisco se sentía envuelto en opresor abrazo frío, glacial, interminable. Sintióse embargado por un marasmo invencible que él vagamente definía como una *borrachera de nieve*, y mareado, ofuscado, ebrio de veras, se sintió caer, caer sin tregua, como si él mismo fuese un copo de los que le envolvían, en una negrura honda, honda, sin fondo...